

LA PASION SEGUN SARRAZIN

monio maduro la adoptó. A los quince años, sintiéndose agobiada por el ambiente rígido y austero en el que vivía, huyó de su casa. Sus padres adoptivos la encierran en un reformatorio del que se escapa. A los dieciséis años, sola, sin dinero, llega a París. De ahí en adelante su vida es una larga cadena de aventuras desafortunadas: prostitución, robo, cárcel, evasión, persecución, interrogatorios... Un día, al evadirse de la cárcel, saltando el muro, se fractura el astrágalo, pequeño hueso del pie. Es recogida por un automovilista, Julien Sarrazin, que resulta ser un ladrón profesional y ex presidiario. Julien se encarga de su curación y está con ella hasta que se recupera.



Albertine Sarrazin ha estado en Barcelona. En estas fotografías aparece (arriba y abajo) paseando con su marido por las calles de la ciudad. En la foto superior de la derecha se le ve con Ana María Matute, con la que sostuvo un coloquio público que publicamos en este número en exclusiva.

LA escritora Albertine Sarrazin ha estado en Barcelona unos días con motivo de la aparición en el mercado español de la traducción de su libro "El Astrágalo". Tanto por su indudable valor literario como por su vida inquieta y azarosa que la convierte en un verdadero personaje novelesco, Albertine Sarrazin despertó un gran interés entre el público y la crítica barcelonesa.

Su atribulada vida es el tema de los tres libros que ha publicado hasta ahora: "El Astrágalo", "La Cavale" y "La Traversiere", este último de reciente aparición en Francia. Nacida en Argel hace veintinueve años, de madre española y padre desconocido, aunque presumiblemente argelino, fue abandonada y pasó los dos primeros años de su existencia en un hospicio. Un matri-



"El Astrágalo" es la historia de esta evasión y de este amor. Pero Albertine vuelve una vez más a la cárcel para cumplir con el tiempo que faltaba de su condena. En 1964, cuando acababa de terminar su primera novela, logra reunirse por fin con su esposo: se había casado con Julien Sarrazin en la cárcel, en 1959. Durante el transcurso de su primera reclusión escribió "El Astrágalo". Tardó cerca de dos años: utilizaba un cuaderno escolar y enviaba clandestinamente a su abogado el manuscrito hoja a hoja. En la actualidad, el matrimonio vive en un piso de un barrio moderno en las afueras de Montpellier. Recientemente se han comprado una casa de campo a

que piensan retirarse para "vivir tranquilos", por algún tiempo al menos...

Dado el interés humano de la autora de "El Astrágalo", sus editores organizaron un diálogo entre ella y Ana María Matute, diálogo que TRIUNFO publica en exclusiva. La personalidad de Ana María Matute se enfrenta en este coloquio con la azarosa existencia de la Sarrazin, desvelada en sus tres libros publicados. La autora de "Primera memoria", que ha regresado recientemente de Estados Unidos, donde estuvo enseñando en una Universidad, era la figura indicada para mantener el debate con una de las personalidades más singulares de la actual literatura francesa.



COLOQUIO ENTRE LA AUTORA DE "EL ASTRAGALO" Y ANA MARIA MATUTE

ANA MARIA MATUTE.—Usted parece, a todas luces, sincera, auténtica. Ha dicho que no se siente en absoluto tímida ante el público, la TV, el micro, etc. Sin embargo, también ha dicho que a menudo se siente cortada, intimidada ante el papel blanco, y no se atreve a escribir en él cosas que contaría de palabra. Esa timidez, ¿obedece a un, llamémosle, «respeto» hacia la obra en sí, una especie de miedo a desvalorizarla literalmente? Esa timidez hacia la letra impresa, ¿es timidez ante sí misma, o ante la opinión de sus lectores, que, a fin de cuentas, son ese mismo público cuya presencia física no le intimida?

ALBERTINE SARRAZIN.—Mi timidez ante un papel, ante las palabras, no es una cuestión de miedo físico, es una cuestión de pudor, aunque quizá no puedo emplear esta palabra para referirme a una obra en la que hablo de cosas, digamos, poco convencionales. Creo que se puede salvar todo con las palabras, pero no se puede a veces decir todo, porque nos faltan las palabras, y corremos el riesgo de caer, bien en lo puramente científico, bien en lo vulgar. No disponemos muchas veces de las palabras necesarias para describir ciertas cosas, por lo menos en francés. Por lo tanto, me toca seguir adelante, dejar un espacio en blanco, dejar un silencio, hacer que el lector participe, tome parte. Es preciso que el lector salga de su universo, y hay cosas que no me gusta escribir porque creo que no forman parte más que de su ambiente físico.

A. M. M.—Usted ha dicho que, de ahora en adelante, desearía escribir obras de ficción, con temas y personajes totalmente imaginarios. Esto es, que la experiencia personal, en su obra, ha terminado como tema. ¿Cree us- **SIGUE**



SARRAZIN

ted que estas, digamos, confesiones literarias le eran hasta ahora absolutamente necesarias, para llegar a la ficción liberada de cargas (literariamente hablando, se entiende)? Usted me parece una escritora vocacional, no circunstancial, por tanto, ¿hubiera prescindido usted de la autobiografía si lo hubiera considerado mejor? ¿O le ha parecido imprescindible como arranque-liberación de cargas «literario-vitales» (nunca está demasiado separado lo uno de lo otro) para llegar al camino de la ficción imaginativa? Insisto en que, quede bien entendido, no hago hincapié en lo anecdótico de su obra (realmente poco vulgar), sino que podría hacer extensiva esta pregunta a gran parte de novelistas que, con una experiencia vital mucho menos interesante, han incidido en sus primeras obras en lo autobiográfico.

A. S.—Creo que hay dos tipos de escritores: unos que, como yo, escriben sobre su propia vida, se colocan en el centro de su obra. Conozco precedentes muy ilustres. Tenemos a Colette y a Proust, que se encuentran siempre en el centro de su obra y vieron el mundo a través de su óptica personal. Quizá sea mi destino sentirme comprometida por mis libros y ser siempre real al hablar de mí. Es muy probable. Sin embargo, deseo salir de mí misma como tema de mis obras por varios motivos, pero sobre todo por uno: acabo de publicar tres libros, dos el año pasado y uno hace ocho días del que se empieza a hablar en Francia. Con estos libros me liberé de mi pasado: «El Astrágalo», como sabe, trata de mis historias de hospital, de amor y de evasión; «La Cavale» es mi vida en la cárcel, y «La Traversière» es algo así como la historia de los dos libros precedentes, con algunas consideraciones sobre mi adopción, que no fue lo que se puede llamar un éxito. Por lo tanto, creo que ahora, aunque quisiera, no podría ya escribir sobre mi vida puesto que lo he contado todo. Correría el riesgo de repetirme y hacerme pesada. No pido más que una sola cosa a la vida y es que me dé la oportunidad de vivir aún muchas aventuras, cosas interesantes que contar. Confío en el futuro para ello. Deseo que me pasen cosas inesperadas para poder expresarlas.

A. M. M.—Hay algo en «El Astrágalo» que me ha interesado particularmente, y es la forma en que usted trata el dolor. El dolor, todos lo sabemos, es sustancial a la vida y a la literatura. En «El Astrágalo», usted pasa «de puntillito», casi diría que sonriendo, sobre todo sufriendo de tipo espiritual. Quiero decir: no se detiene apenas en ese dolor, casi lo desprecia, por no decir que se avergüenza un poco de él. Me recuerda a los niños que se ríen cuando se caen de la bicicleta, con la cara sangrando. Sin embargo, ese sufrimiento que usted apenas apunta, me parece (en teoría y en su libro) más doloroso que el del astrágalo roto. Y en cambio, usted es prolija, detallista, casi diría que se recrea sensualmente en la descripción de su dolor físico. A mí me «dolía» materialmente mi astrágalo cuando leía la forma en que usted describía este sufrimiento, y cómo se extendía y

estallaba. Usted, que no se recrea en las desventuras sentimentales, en el miedo, o en la humillación, nos describe minuciosamente sus dedos hinchados y amoratados, la aguja atravesando su talón, etc., hasta hacérselo casi insoportable... ¿Es esa actitud premeditada o instintiva? Desde el punto de vista literario, me parece un acierto, desde luego.

A. S.—Ante todo, el astrágalo es un hueso que uno se rompe muy pocas veces. Parece ser que mi operación fue un caso muy raro, que no se había dado en muchos años. Bueno, la cosa es que tuve la suerte de romperme un hueso que llevaba un nombre maravilloso, que daba un título de libro bonito. Confieso que viví esta experiencia a los diecinueve años, hace por lo tanto diez. Entonces pensé que lo que me pasaba, es decir la impotencia —me abrieron el tobillo, me arrancaron un hueso, me dejaron sin poder andar, sin poder bailar, sin poder llevar tacones—, hacia absolutamente preciso que sublimase esta experiencia, que la transformara, que le sacara jugo. Pensé, pues, que, al describirla en un libro muy minuciosamente, no lo haría para que la gente se sintiera transportada conmigo a una cama de hospital, ni para hacer sufrir al lector, sino que mi intención era describir este dolor en términos vivos, en términos visuales, en términos auditivos, en otras palabras descomponerlo. No recuerdo quién dijo que el verdadero dolor no es doloroso sino verdadero. Más allá del dolor, quería evitar el aspecto sórdido de este daño al que no quería entregarme totalmente, quería hacerlo verdadero, permeable a los demás.

A. M. M.—Se ha dicho que su novela «El Astrágalo» es, por encima de todo, una novela de amor, ¿qué dice usted a esto? ¿Cree usted en el amor, como panacea universal, como liberación del hombre? Usted no cae nunca en lo «barato», ni en el aspecto digamos «sonrosado» del amor y en el puramente erótico. Su novela, en mi concepto, es lo más lejano a la pornografía, y por supuesto, si alguien la ha tildado de ese modo, es que esa mentalidad tiene también de la vida un concepto altamente pornográfico. ¿Le irrita a usted esa interpretación? ¿Ha cuidado usted ese aspecto, ha procurado por encima de todo esa limpieza formal, aun en los pasajes más crudos, de una manera intencionada?

A. S.—«El Astrágalo» es una novela de amor. No la dediqué a mi marido Julien, porque me parece ridículo dedicar un libro al propio marido cuando éste es en realidad el libro. Porque Julien existe, sigue existiendo porque estoy casada con él desde 1959. Se trataba, pues, de una novela a la gloria de mi marido. No creo en el amor como paliativo y creo que no hay amores malos, excepto los mediocres. Y no es mi caso. Ante todo hubo nuestro primer encuentro que, si hubiese podido creer aún en algo, me habría hecho creer en la predestinación. No fue un encuentro cualquiera: salto el muro de la prisión central para evadirme y el que tenía que convertirse años más tarde en mi marido pasa casualmente por allí, me recoge, me alberga, me

salva. Es, en efecto, una novela preciosa. Me dijeron: «Esta chica tiene una imaginación delirante, es muy bonito todo, pero es puro cine». Sin embargo, era verdad, es realmente así como conocí a mi marido. Por lo tanto, aunque no creyera en el amor, me vi obligada a creer, ya que me cayó encima. No es una cuestión de creer o no creer; se está enamorada y ya está. No es una cuestión de fe, es una cuestión de sentimiento. En cuanto a las páginas atrevidas que se atribuyen a mi novela, estoy convencida de que mi novela no es atrevida en absoluto. Si empleé el «argot» es simplemente porque es la manera de expresarse de los maleantes, de los prisioneros, de los perseguidos por la justicia, y porque en un ambiente de esta índole, como usted debe suponer, la gente no habla como en un salón burgués. No empleé, pues, el «argot» por un principio de grosería, ante todo porque la grosería no es el «argot» ni el «argot» la grosería, sino porque el «argot» es un idioma muy bonito, que se oye con agrado, que está lleno de imágenes y que me gusta. Lo utilicé sobre todo porque refleja perfectamente el ambiente de los que lo hablan. Por otra parte, si alguien encuentra en mi libro frases pornográficas, me gustaría que me lo dijera. No hay nada pornográfico en él. Todas las escenas de amor físico, por ejemplo, se reducen a una única frase. Cuando mi heroína conoce por primera vez a Julien —y cuando digo conocer me refiero a conocer en un sentido bíblico— escribo simplemente: «Julien me rappela à l'homme». Me parece que no es muy terrible. Realmente no creo haber exagerado. Por cierto, éste es un reproche que se me hizo muy poco. Al contrario, me dijeron que había en mi obra algo así como un cierto pudor, y que con algunos autores el lector entra en la habitación mientras que conmigo se queda en la puerta.

A. M. M.—Si sus libros no hubieran alcanzado el ruidoso éxito que han conseguido, me parece casi seguro que usted, a pesar de todo —ya dije antes que la tenía por escritora nata—, seguiría escribiendo de todos modos... ¿Me equivoco?

A. S.—Mucha gente lo duda, pero yo no. Tengo veintinueve años y desde que sé lo que es un libro, desde que sé leer, desde que sé hacer rayitas en un cuaderno, siempre tuve ganas de escribir. Nunca dudé que un día me convertiría en escritora, que vería mi nombre en el escaparate de las librerías. Es un sueño de chiquilla, que si hoy se materializa no me sorprende. Nunca pretendí hacer un libro de éxito fácil, del que se hiciera una tirada de 100.000 ejemplares. Sólo pensé en escribir. Desde que conozco los problemas de la edición, y sé la exactitud de la votación final de un comité de lectura, desde que me metieron en correcciones de pruebas y vi la cantidad de manuscritos rechazados por mi editor francés Jean-Jacques Pauvert, puedo decir que siento cierto temor. Ahora sé que un libro es tan exacto como un problema de matemáticas. La literatura no es una solución aproximativa; los editores saben leer y saben lo que hacen.



Albertine Sarrazin ante un escaparate. Ha publicado tres libros, en cada uno de los cuales presenta un aspecto de su vida. Con ellos pretende liberarse del pasado.

A. M. M.—Usted se jugaba mucho, como casi todo escritor, en el éxito o fracaso de sus libros. ¿Se planteó la posibilidad de un fracaso? ¿Este hubiera condicionado su vida, como seguramente la ha condicionado el éxito? ¿Qué importancia tiene para usted la literatura concretándonos a su circunstancia personal?

A. S.—Es en realidad la única cosa que podía salvarme, que podía salvarme a mí y a mi marido. No le diré nada nuevo al contarle que salgo de la cárcel. ¿Quién habría querido aceptarme? Incluso para trabajar en una fábrica le exigen a uno los antecedentes penales. No podía ejercer ninguna profesión. No podía encontrar ninguna salida. Nadie te acepta en ningún empleo. Era también el caso de mi marido. Nos cerraban todos los caminos. Sabe, es muy difícil subir la pendiente para uno que sale de la cárcel. En realidad, es casi imposible, o hay que tener una voluntad y una suerte que yo no tengo. La única persona que podía no exigirme papeles era un editor. Pauvert leyó mi manuscrito,

le gustó, no pidió más detalles. Publicó este pasado, se sirvió de él para hacer un libro. Por lo tanto, sin él, creo que aun en el caso de que hubiese querido salir de aquello, no habría podido. Debo confesar que no me gusta mucho trabajar, y me gusta vivir bien. No quiero decir que me divierta patear el dinero, pero tampoco me entusiasma desperdiciar mi pobre vida con un salario miserable en una profesión que no me gusta, como por ejemplo vender helados en unos almacenes o escribir artículos de ocasión en un periódico de mala muerte como tuve que hacer una vez. Así pues, esta profesión de escritora me asegura materialmente y garantiza mi libertad, es decir el derecho a disponer de tiempo para hacer otras cosas: escribir, viajar, o simplemente dormir. Lo que se debe al éxito y al dinero no son los excesos y la gran vida, sino la libertad. Es precisamente en este sentido en el que la literatura me salvó, me salvó quizá de volver a caer en el delito y de volver a la cárcel. Sí, la literatura nos salvó. De lo contrario, me parece que nos habríamos hundido. Es muy posible que

sin los libros no hubiéramos sabido qué hacer. Porque, en realidad, siempre ocurre lo mismo: al principio está uno lleno de buenas intenciones, ahora se acabó, etc.; después, vuelve a ver a las antiguas amistades, vuelve a empezar y todo vuelve a ser como antes. ¿Qué otra cosa se puede hacer al salir de la cárcel? Un papelito para ir a buscar 10 francos a la comisaría más cercana, un pequeño carnet de prohibición de residencia, una ficha negra como la cera y una habitación en el Ejército de Salvación. No sé cuál es la ayuda que se presta a los detenidos españoles cuando los liberan, pero puedo asegurarle que en Francia la ayuda es mínima. El «Comité d'Accueil» no es gran cosa, esto, por cierto, es lo que explico en «La Traversière». Es el mundo del Ejército de Salvación, de los Hogares públicos, de la cocina popular, de los gritos, de los sellos en los carnets. Esto era lo único que nos esperaba. Por lo tanto, es una gran suerte haber recibido este don de escribir, este gusto por escribir.

(Fotos: MASPONS-UBIÑA)